

LA HOJA de PARRA



MA RCA
KROH TRABA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- EMILIO CARRERE
Tonadas y garrotines.
- GONZALO CANTÓ
Epigramitas.
- A. HERNANDEZ CATÁ
Lo que son ellas.
- ALBERTO VALERO MARTIN
Tuftos.
- G. GONZALEZ DE ZAVALA
Desnudo.
- P. BARANGÓ SOLÍS
¡Pobre don Juan!
- FIDEL PRADO
Sucedido.
- JOSÉ MOREIRA
Recurso supremo.
- MARIA-PIÑA
¿Qué es el beso?
- LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.
- JOSÉ LEBRÓN
Botón.

TOVAR, DEMETRIO Y CIRIA
Varios dibujos y retrato de
Raquel Meller

TEATRO ROMBA

R
A
Q
U
E
L

M
E
L
L
E
R



5 cénts.



UN filósofo, no recuerdo bien si fué Sócrates ó Arias de Miranda, ha dicho que «la vida es fugaz y la dicha efímera é insignificante» y el libro de la Historia no nos lo viene enseñando desde los tiempos de Adán, que el pobre tenía una dicha completamente insignificante, por lo que Eva tuvo que apelar á la serpiente del Paraíso. (Léase la Historia Sagrada).

EN EL RETIRO



—Me voy á tirar al estanque grande; ¡pero por Dios, no se lo digan ustedes á mi marido!

Mas si esto de las dimensiones de la dicha de nuestro primer padre, no fuese bastante, un hecho recientísimo ha venido á demostrar que el bienestar de la Humanidad es en absoluto efímero.

Ello es, que estábamos tan á gusto desde que el futurismo había entrado en los escenarios de los cines. Cabiale esa gloria á la *Chelito*, (una más porque á la hermosa artista le caben muchas desde que con extraordinario éxito se lanzó á la escena) y la introducción de tal reforma tuvo una acogida sorprendente. Fiel á la revolucionaria teoría del futurismo, sabía que lo que produce mayor sensación de la Belleza estética, es la impresión de la Verdad, y ella, que es-tética, aunque sin exageración, se decidió á enseñarnos el culto á la Verdad todo lo más desnuda que le fuese posible. Y, en efecto, todas las noches nos lo enseñaba en el teatro de que es empresaria y principal atracción.

La taquilla demostró que éste, y no otro, es el camino de la felicidad, pues todas las noches había palos y bofetadas por ocupar localidades, y, ¡naturalmente!, en seguida vino la vil competencia, y á la *Chelito* le salieron varias competidoras, dispuestas á demostrar que ellas son mucho más profesoras que ella y que puestas á enseñar, la que más y la que menos es una Universidad y tiene su claustro correspondiente.

Pero he ahí que unos cuantos mogigatos de esos que, á título de defensores de la Moral, no salen de los cuartos de las artistas de varietés, empezaron á escandalizarse yéndoles á las autoridades con todos

los chismes que podían atrapar en los expresados camerinos (porque hay por ahí cá-merino y cá lechal que da náuseas) y la consecuencia fué que se adoptaron medidas de extremo rigor, que dieron como resultado el enviar ante el juez de guardia á una de las más distinguidas y entusiastas partidarias del futurismo en acción; sugestiva artista italiana Bianca Estella ó Blanca Estela, para decirlo en castellano.

Habría que oír lo que dirían á las autoridades los escandalizados delatores de la linda conzonetista, paisana del Dante. (Eso del Dante les gustará seguramente).

—Si enseñara la carne —me decía uno de esos hipócritas— que á pesar del colorito —se puede ver perfectamante, que Blanca, es blanca como la leche ¡ay, qué leche!— digo ¡ay, qué Blanca!

—¿Blanca qué?

—Estela.

—¿Pues no dice usted que es carne? ¡En qué quedamos! Porque si ahora resulta que es tela lo que á usted le ha parecido que es carne se ha tirado una plancha.

—¡Ay! yo no me la tiro, no, señor, por eso la delato.

Total, que por culpa de ciertos elementos que se llaman masculinos, y que por las trazas son, en efecto, masculinos que la víctima de su delación, ha cundido el pánico por esos salones de enseñanza futurista y ya no hay quién se atreva á enseñar ni á tocar la bandurria por cifra.

Vea, pues, si es oportuna, la ocasión en que una linda (¡tiene que serlo á la fuerza!) lectora de LA HOJA DE PARRA me pide emita mi opinión «sobre en qué estado están más interesantes las pantorrillas femeninas, si calzadas con zapato bajo de charrol ó de tacón Luis XV ó con bota imperial de tafílete negro.»

Mas como no me perdonaría jamás una descortesía con una dama, y más si ésta me dice que «espera ser complacida», lo que estoy siempre dispuesto á demostrar, le diré que para mí, una pantorrilla

femenina está siempre interesante, con zapato bajo ó alto, de charol ó de cabritilla, con tacón Luis XV, con tacón Carlos VII, con bota imperial de tafílete negro, con bota republicana de tafílete rojo y... con toda clase de calzado y hasta sin calzar.

La cuestión es que la propietaria de la



—Bueno, monina, ¿qué quieres que te regale?

—Un vestido para mí y un traje para mi novio.

pantorrilla «esté por mí», que decimos los clásicos, que ya me encargaré yo de calzámela á mi gusto.

Mas si la tan incógnita como hermosa (sigo asegurando que lo es), preguntadera, hace cuestión de gabinete, ó de a.coba lo de la bota de diez y ocho botones, por mí, ¡encantado de la vida!

Por ojal más ó menos no hemos de regañar. ¡Lo juro!

Un pequeño REPORTER

Tonadas y garrotines

El triunfo de la sicalipsis y de las *varietés* les ha abierto el camino a las muchachitas de clase humilde que sueñan con ser estrellas de los tablados de la farándula galante.

La escena ha sido siempre una gran fascinación para las locuelas que tienen mucho oro de ilusiones en la mente y algunos trinos en la garganta y siempre han sido sus señoras madres — Joh, inconfundibles mamás de teatro — las encargadas de administrar sabiamente el tesoro lírico de sus tiernos pimpllos.

Pero antes el horizonte artístico estaba limitado, generalmente, a figurar entre las niñas del coro y a lucir las pantorrillas por nueve reales, estando siempre pendientes de los caprichos del empresario.

Hoy, basta una voz agradable, unas caderas armoniosas y un poco de frescura, para ser astro en el cielo de la galantería teatral. Se alquila un pianista de café para que domestique un poco el oído de la futura cantatriz; siempre hay un amigo capaz de escribir unos couplets en donde se alude al sexto mandamiento, y ya está la niña en condiciones de ganarse unos cuantos duros al día. Adórnese con unos cuantos molinetes, sabiduría en el jugar de ojos y habilidosos é insinuantes arremangamientos, y el buen público — monstruo lujurioso de cien mil cabezas — pisará de entusiasmo, murrá de admiración, en un tumulto de aplausos en que se confundirá la ovación del arte con un estado agudo de ardentía.

Y la realidad es así, tal vez un poco

puerca y un poco triste. Aunque yo creo que ellos no se darán cuenta de ese fondo amargo, fascinadas por sus trajes de seda y de bonitos colores, constelados de lentejuelas, magnífico adorno de su belleza y de su vanidad.

De todos modos es una liberación. En lugar de Lolita Pérez, corista de Eslava, se convierten en la *Bella Lunaritos* ó en la *Ideal Molinete* y eso les gusta mucho.

En el fondo de los talleres, donde las mujeres se dejan su juventud y su sangre, amarradas al potro de la virtud y del trabajo mal pagado, hay siempre varias cabecitas soñadoras y algunas pupilas en éxtasis que — la aguja en el aire — sueñan con ser cupletistas, bailarinas, *disenses* y tienen razón al pensar en que sus ojos bonitos y sus cuerpos ondulantés tienen derecho a la caricia de las sedas y a las apoteosis del triunfo, aunque sea sobre el tablado del cine del *Avapiés*.

Y asimismo esas señoritas de clase media, que van a los cafés del barrio las noches del domingo, hijas de empleados, de pensionistas, que llevan sobre el corazón la amargura de su pobreza decorosa, sueñan también que en la monotona de sus vidas mansas y melancólicas, debían sonar los alegres cascabeles de la tonadilla picaresca y los ardientes compases de algún tango enloquecedor.

Yo creo que los honorables miembros del

Instituto de Reformas Sociales deben escribir un volumen dedicado a elogiar la transcendencia del garrotin y la importancia de la canción *El Polichinela*. Claro que no lo harán porque son varones serios y desprecian la bagatela. Pero estas bagatelas



MERCEDES DEL VALLE

Una canzonetista que *marea* de guspa.



El marido (furioso).—¿Quién es ese hombre que bajaba por la escalera?

Ella.—No te enfades, hombre, es un primo mío.

El (más furioso).—¡Aquí no hay más primo que yo, ya lo sabes!

libertan de la vida triste y miserable á muchas lindas muchachas.

¡Llor, pues, á la machicha que, con sus ritmos exóticos, libra á muchas piernas ágiles y bellas del suplicio de la máquina de coser, y á nosotros, los satirillos, sin prejuicios, nos da la satisfacción de verlas y algunas veces de acariciarlas! ¡Salve, oh garrotín agitanado y moruno, que nos hechizas con tu lujuria melancólica y que haces que muchos ojos de mujer no cierran en una labor que sólo enriquece á un tendero poccino, barrigón y acéfalo!

El género de *golies* les ha abierto el camino á muchas adorables. ¿En qué sentido de la palabra? En todos, amigos míos, y qué más da. La dama Moralidad es una señora de que está bastante usada y la debemos olvidar en su rincón rezando su rosario. No sabe besar y sus senos no son turgentes.

Y lo interesante es el placer, el buen gusto y el sentido de lo bello.

Emilio CARRERE

EPIGRAMITAS

A donde vayas te sigo,
me dice la hermosa Irene,
pero yo no se lo digo
porque se viene conmigo;
¡ya lo creo que se viene!

¶

Por las noches, dice Adela,
y su economía alabo,
que se acuesta con un cabo...
supongo yo que de vela.

¶

No quiere el sacristán, que es un bodoque,
con lo cual da ocasión á que haya riñas,
las campanas tocar cuando es San Roque,
y tiene disgustadas á las niñas
porque todas cesan que las toque.

Gonzalo CANTÓ



El mariao.—Observo que te gusta mucho bailar con el diplomático.

Ella.—No, vida mía; si es que tú no sabes las cosas que hace con las piernas en el momento de girar... te digo que es un encanto.

Lo que son ellas

He pasado llorando toda la noche, y de seguir así, llegaría á enfermarme de gravedad, tal es mi excitación nerviosa. Sin duda he perdido el juicio, al consentir las cosas que desde aver acá he consentido; yo que siempre he estado orgullosa de mí misma, hoy me desprecio y me odio; no sé cómo he podido caer en una acción tan baja y tan indigna, cediendo insensiblemente, como si una nube me impidiera ver los deberes á que faltaba.

Usted sabe que tengo ya otorgado mi cariño, y por voluntad mía, pues que mi carácter no es de los que toleran imposiciones de nadie, y de no quererle, me desligaría de toda clase de compromisos: Usted sabe que he de casarme con él y por lo tanto, es criminal el que conceda á ningún otro hombre el favor más mínimo. ¿Por qué no tiene usted compasión de mí, ya que para sí me la demanda? Sea usted razonable y procure cambiar de rumbo ese cariño que dice me tiene; yo seré su mejor amiga, seré su hermana; en mí encontrará usted quien le aliente en sus trabajos y quien celebre sus éxitos y quien sienta sus infortunios y quien lo consuele en sus cuñitas. ¿Por qué no me demuestra su cariño sacrificándolo?

Me dice usted para tranquilizarme, que nadie puede enterarse, que nadie ha de saberlo nunca... ¿y qué me importa si lo sé yo misma?... Por otra parte, su genio vio-

lento y poco sufrido nos había de descubrir muy pronto. ¡Tengo un miedo horrible... Olvideme usted, ó quíerame como yo le quiero, y sobre todo no me comprometa y con ello me dará la mayor prueba de su cariño; no me mire tan insistentemente como lo hace, ni procure buscar ocasiones que yo he de rehuir. Lo de anoche no volverá á suceder nunca. ¡Si usted viera cuánto sufrí!... El remordimiento no me deja vivir tranquila; ayer, cuando me dió su carta, creí que le habían visto.

Yo, por exceso de debilidad, no he sabido contener sus atrevimientos; por eso no he salido esta mañana á abrirle la puerta, ni me volveré á sentar cerca de usted en la mesa... ¡No me ame usted... pero no odie!... Estoy dispuesta á que esto sea un paréntesis corto de mi vida; quiero ser como siempre he sido.

Sea usted compasivo y tenga fuerza de voluntad, ahora que estamos á tiempo. ¡Usted sabe que no debo amarle!... Pongamos los dos de nuestra parte... no me mire... no procure hacerse el encontradizo en el pasillo, ni procure estar solo conmigo, porque es jugar con el peligro... ¡Por Dios, por mí misma si tanto me quiere... déjeme... déjeme... y no me haga sufrir de esta manera!...—

II

Enrique: No es posible sostener esta situación por más tiempo. ¿Vé qué razón



—Cada vez que me pongo así, me acuerdo...

tenía al decirle que mientras más le otorgara más me habría de exigir?

La conciencia me remuerde de continuo, y me parece que yo no soy sino otra... Lo que ahora me pides es imposible... ¿Qué diría usted si en las condiciones de él, la mujer á quien usted quisiera, hiciese lo que pretende que yo haga?... Es preciso hacer un esfuerzo supremo, y no débiles como los que hasta ahora hemos hecho ó hemos fingido hacer... La solución que tú me propones, no. ¿Qué remordimiento eterno no sería el mío?... ¡Todo antes que eso! tú eres joven y no es tan despreciable la vida para que la vayas á sacrificar por esto, que por otra parte bien puede ser un capricho. ¡El mundo es muy grande y otras mujeres le harán olvidar lo que ahora cree que no olvidará nunca! ¡Hay que vivir! ¡Sólo hace falta una gran fuerza de voluntad, para que el deber triunfe sobre el deseo y volvamos á disfrutar la paz que ahora nos falta!...

Lo de ayer fué una imprudencia que pudo costarme cara; estando como estaban todos, una verdadera locura; mi madre se volvió al oír el ruido, y hoy me ha preguntado si tú habías concluido ya tus relaciones con Paquita Montálvez... ¿Qué le digo? ..



Cómo resultarían las jamoras vestidas de bebé.

De lo que me pregunta preferentemente, no sé qué contestarle; yo comprendo que siento por ti una cosa extraña, una especie de fascinación, sobre todo cuando estás cerca de mí... ¡Ah! ¿Por qué anoche se marchó tan pronto? ¿Tenía que hacer, ó es que no le resultaba agradable nuestra compañía?... Además, que yo he hacer todo lo posible por no quererlo, porque compren-

CAMBIO DE PROFESION

UN VENDEDOR DE MELONES EN UNA CIUDAD
SITIADA

—¡A peseta melones!

do que el tolerarle sólo lo que le tolero, es un pecado horroroso del que todos los días hago intención de arrepentirme... ¿Querrás creer que desde... bueno, que desde entonces, no me he confesado?...

Adiós, no puedo escribirle más porque ya es la hora de la cena y pronto vendrán todos; no sea exigente y no pida que firme las cartas que no debiera escribir, é esta que ya no sabe si le quiere ó no, pero que reconoce que no es usted acreedor á ello.

M...

III

Queridísimo Enrique:

¿Te parece bien dos días sin venir? Dime si estás enfermo ó qué te sucede, pues en mi incertidumbre siempre supondré algo mayor á lo que en realidad te pase.

Estoy desesperada y aburridísima, suponte tú que esta tarde se marchan todos y me quedo sola en casa con la criada... ¡Ya ves que diversión!

Mándame recado, en seguida, ó de no estar enfermo ven tú mismo é tráermelo, para que pueda tranquilizarse tu y sólo tu

MERCEDES.

Por la indiscreción,

Alfonso HERNÁNDEZ CATÁ

Tufitos Quería á Lola la *Tanguera* con la bárbara impetuosidad con que deben quererse las fieras en el desierto. Y sufría tanto su corazón ante la frialdad agresiva de la moza que para todos, excepto para *Tufitos*, tenía sonrisas de hembra enamorada y palabras de mujer complaciente... Para todos menos para él, que allí en el fondo de su alma alimentaba una pasión loca y gigantesca que le consumía.

Cerca del *tablaó*, en derredor de una mesa sucia y desequilibrada, sentábanse todas las noches *Tufitos* y dos ó tres de sus amigos más íntimos para apurar á sorbos cortos y reposados unos *chatos* de manzanilla, mientras aplaudían frenéticos la excitante nerviosidad en los movimientos de alguna *bailaora*.

Cuando llegaba el turno á la *Tanguera*, sentía *Tufitos* que los celos mordiscaban rabiosamente sus entrañas, y el ruido ensordecedor que imperaba en el café golpeábase las sienas brutalmente y aturdía su cerebro, en el que nacían, sangrientas y confusas, extrañas ideas. ¡Con qué placer abrezaría á la *Tanguera* anto aquella muchedumbre de borrachos de lujuria y gritaría arrogante y provocador:

—¡Es mial Mis brazos la defienden. ¡Mi cuchillo busca el corazón de quien quiera disputármela!

Y veíase en sus delirios haciendo frente



(Estalla una granada).—¡A... dos... reales meloones!...



(Estalla otra bomba).—¡A... real me... lo ne... es...

á todos, esgrimiendo su hoja toledana...

Desvanecida la sangrienta visión, otra vez volvía *Tufitos* á la realidad, para morirse los puños de rabia y sufrir silencioso, tan silencioso que hasta la respiración trataba de contener. Y á su pesar contemplaba enderredor suyo cientos de ojos brillantes como luciérnagas, que atisbaban los incitantes movimientos de la *Tanguera*.

Terminaba la *bailadora* y una salva de aplausos obligábanla á comenzar de nuevo. Entonces, todo el fuego de su raza de gitanos corría por sus venas y, medio suelta la abundante y negrísima cabellera por entre cuyos rizos asomaban claveles y relucían peinetas, la cabeza insolentemente caída hacia atrás, los hermosos ojos negros entornados, velados casi por larguísimas pestañas, fruncidos los labios, dilatada por la vehemencia de su organismo y el cansancio de sus carnes las ventanillas de la nariz, erguido, incitante, airoso su hermosísimo cuerpo de curvas duras y provocativas, y acompañándose con sus desnudos brazos de tonos bronceos, bailaba nerviosa, epiléptica, cayendo de rodillas para erguirse rápida y triunfante, frente á aquella multitud que la admiraba jaleando los vertiginosos movimientos con que la *Tanguera* hacía sonar el *tablaó*.

El amor en *Tufitos* fué creciendo cada día más loco, más atropellador, más vehemente...

Cuando Lola sonreía desde el *tablaó* á cualquier amigo, ó invitada por él, bajaba complaciente para beberse unes cañitas juntos, despedazaba el corazón de *Tufitos*, que jamás consiguió de la mujer aquella una mirada de cariño, ni una sonrisa.

No se le ocultaba á *Tufitos* por qué la *Tanguera* despreciábale tanto. El era pobre, un *infeliz* que no tenía donde caerse muerto; él sólo podía ofrecerle un cariño inextinguible, junto con unos brazos amantes para scarificarla y para el trabajo recios, y Lola necesitaba para sus conquistas hombres que la pagaran sus sonrisas y sus besos, y atendieran los caprichos de la *bailaora* como es debido. Por eso *Tufitos* sufría y lloraba en el silencio de sus noches, repartiendo las horas entre adorar el recuerdo de Lola y maldecir la pobreza que abría despiadada y cruel un abismo entre la *bailaora* y *Tufitos*, un abismo que sólo el amor podría saltar si en el iniciado corazón de la *Tanguera* hubiese un rinconcito donde el amor pudiera agazaparse.

Nació en su cerebro aquella idea una noche de amarga desesperación. Repudióla *Tufitos*, en un principio amedrentado ante sus pensamientos; intentó convencerse de su inutilidad; trató de distraer su imaginación exaltada, de apagar su fiebre; quiso dormir, aturdirse, olvidar; pero todos sus esfuerzos fracasaron. La ventana



(Y estalla otra bomba).—¡A... hacer puños para hoces!

del cuarto donde Lola dormía estaba colocada á dos ó tres metros de altura; la casa en las afueras de Madrid: ella vivía sola... Todo parecía secundar el atrevido proyecto de *Tufitos*: escalar la ventana, un puñetazo en los cristales y ¡dentro! Allí hablarían reposadamente; acaso á fuerza de súplicas lograría inclinarla á pagarle con un poco de cariño; si se negaba, si se obstinaba en seguir despreciándole, mofándose de él, la cara de *Tufitos* lo arreglaría todo.

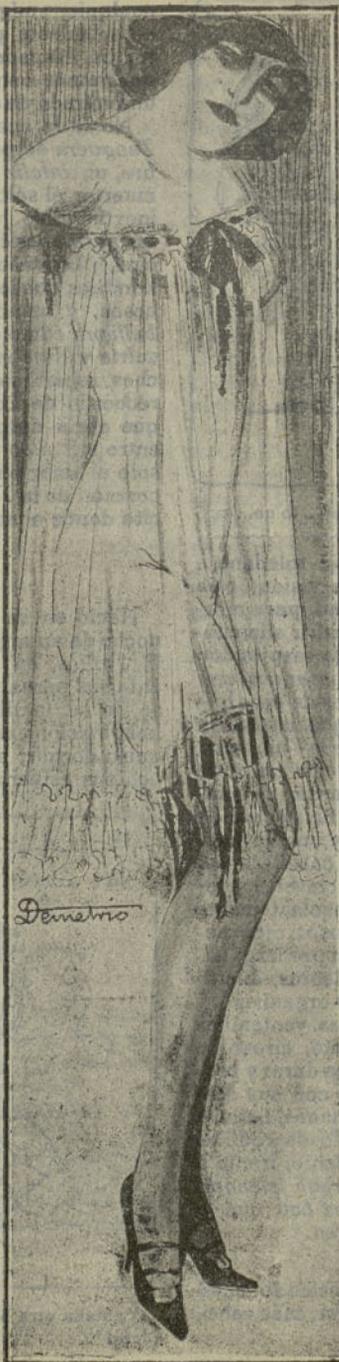
—¡Quién sabe!—murmuró, asegurando en la ceñida faja su cuchillo.— Las fieras son fieras, ¡y se quieren!...

La luna teñía de hermosas palideces aquellos lugares. Un airecillo fresco mecía las flores que abundantes adornaban la ventana de la *Tanguera*. El silencio era casi absoluto. Sólo percibíase á lo lejos el rasgueo de una guitarra con que algún trasnochador divertía á sus compañeros de taberna.

Tufitos temblaba contemplando la ventana de la *Tanguera*. Temía... Animóse luego y sonrió con aire de caudillo vencedor: estaba entreabierta. El sofocante calor aconsejaba á Lola no cerrarla.

Tufitos aprovechó un momento de decisión y, rápido como si temiera arrepentirse, trepó con agilidad hasta la ventana, empujó las vidrieras, púsose á horcajadas sobre el cerco, y penetró sin ruido.

Transcurrieron algunos minutos en silencio. A poco se oyó el blando



estallar de un beso que dejó *Tufitos* en la frente de la *Tanguera* que dormía... Una exclamación brusca quebró el silencio: era la voz airada de la *Tanguera* que censuraba groseramente á *Tufitos*. Otra voz, de hombre, suplicaba cariño y jurábele eterno. Las dos voces sonaban confusas, atajándose.

Una rugía, amenazaba, se desbordaba en insultos contra *Tufitos*; otra temblorosa y varonil alternaba la amenaza con la súplica, gritona unas veces, tierna á ratos, llorando sus infortunios... Siguieron discutiendo y un grito angustioso de terror, cruzó el espacio. Era la *Tanguera* que agazapándose en un rincón, vibraba de ira, y se encogía de miedo, espantada ante *Tufitos* que la amenazaba, cuchillo en mano, con un golpe mortal... La sangre iba á correr; la tragedia llegaba al término, cuando *Tufitos* con desesperado ademán tiró el arma al suelo, rugió un insulto y volviéndose bruscamente de espaldas á Lola, fué á la ventana. A su fisonomía pálida y llorosa prestó una nota de color fantástico la macilenta luz de la luna. Mudo y sombrío descolgóse de la ventana y cayó al suelo. Una maceta rodó, empujada por el cuerpo de *Tufitos*; quebróse el barro al caer y en la calle quedaron esparcidas las olorosas flores.

—¡No puedo! ¡no puedo! —murmuraba *Tufitos*.

El rasgueo de la ventana tornó á sonar.



El caballero.—Oye rica ¿quién es más bonita, tu mamá ó tu hermanita mayor?

La niña.—Pué, mi mamá é más mona.

Clavó *Tufitos* una mirada de idiota en la ventana de la *Tanguera*, palideció más aún y, tembloroso, vacilante, prorrumpió en sollozos roncós, entrecortados; sollozos en los que había algo de queja de niño enfermo y rugido doloroso de fiera herida...

Fijóse después en las caídas flores y recogién-dolas comenzó á besarlas, acariciándolas, regándolas con lágrimas que corrían abundantes por las tostadas mejillas de *Tufitos*, quien con paso vacilante y sin dejar un momento de besar nervioso las flores de la *Tanguera*, perdióse en las sombras...

Alberto Valero MARTÍN

Leed en EL LIBRO POPULAR
En lo mejor de la vida

novela completa por
DIEGO SAN JOSÉ,

20 céntimos

DESNUDO

Cuando sales del baño, temblorosa, ostentas la pureza del relieve de tu cuerpo ballísimo de nieve donde nace tu faz como una rosa.

En tu seno de virgen pudorosa el mármol de tu carne se conmueve, cuando avanza tu pie mojado y breve, con el paso arrogante de una diosa.

Y cuando te detienes y desatas en sedosas y rubias cataratas tu cabello brillante como un astro,

convierte; tu melena blonda y riza en torrente de luz que se desliza por tu espalda impecable de alabastro.

G. González de ZAVALA



—¡Qué rabia, me han dibujado cubierta de pieles de animales, cuando yo quería mostrarme á ustedes sin más piel que la mía; pero no les quepa á ustedes duda, que en cuanto se desovido Lozama, me desnudo.

☛ **¡Pobre don Juan!** Don Juan, aquel valeroso don Juan cuyas calaveradas immortalizó Zorrilla en versos sonoros y velientes, va envejeciendo por momentos. No hace muchos días le encontré sentado en un banco, tomando el sol como un burgués envejecido



—¿Les gusto así? ¿No? Pues en el número próximo me dibujarán de cuerpo entero y en actitud de subir á un coche.

detrás del mostrador. Si no fueran los estragos que se notan denunciando una vida agitada, nadie conocería en él al burlador sevillano, al hombre que obtuvo lo que quiso sin retroceder ni ante la muerte.

Le pregunté como si hubiésemos sido antiguos conocidos, por su salud. Frunciéronse sus labios en un rictus de amargura y con voz temblona repuso.

—Mal, muy mal. Me hallo en una vejez prematura: mi cabeza no piensa, no me inspira como hiciera años antes; después, las piernas se niegan ya á conducirme... ¡Soy tan viejo!...

Intenté convencerle de que aún podía

contarse entre los jóvenes; pero me atajó con un gesto. Y entonces, yo, curioso, entreviendo un asunto interesante con que llenar las albas cuartillas que en la mesa de mi despacho estaban esperando ser manchadas por mi mano trémula, le interrogué despiadadamente:

—¿Y ahora no tiene usted alguna aventura amorosa con que distraer sus ratos de ocio?

Brillaron sus ojos, de ordinario mortecinos, y exclamó con un dejo de tristeza:

—Soy ya muy viejo. Lo único que tengo joven es el alma, y esto no basta para ser amado por las mujeres. Mi cuerpo caduco que antes les inspiraba amor, ahora les causa y les inspira desprecio. ¡Qué triste es sobrevivir á sí mismo!

Don Juan, falto de sol, que se había retirado ya de donde estábamos, sentía frío. Temblaban sus carnes secas, chupadas por el deleite consumidor de su juventud...

RECIENTE CASADO



Ella.—Ya era hora que me sacaras á pensar... y es que no me quieres.

El.—¡Pero, riquina, si es por hacer caso á tu madre que me dijo: «no la saques en ocho días!»..

Después de un rato de silencio, continuó:

—Cuando me di cuenta de que finalizaba mi ardor amoroso, tuve días de verdadera desesperación. Me hallaba en Italia huyendo del recuerdo de doña Inés y crea usted que tentado estuve mil veces de quitarme la vida para no sobrevivir á mi derrota; pero el deseo de volver á España, me contuvo.

—¿Y desde entonces no ha vuelto á tener amores?

—¡Oh, sí! Pero las mujeres que cayeron en mis brazos, conocedoras todas de mi fama, se resistían á creer que fuese yo don Juan. Unas se lamentaban de haberse entregado á un cualquiera; otras, las que creían que yo era yo, se burlaban de mí. La última llegó á llamarme carretón... á mí que...

Le interrumpió un golpe de tos. Conmovido, estreché su mano, despidiéndome; pero me contuvo.

—Esta noche voy á intentar el esfuerzo supremo con mi hospedera. Me ha conocido, á pesar de mi silencio, y me ha requerido de amores.

—¿Y usted va á corresponderla? —le pregunté, admirando su tenerario valor.

—No sé... probaré... por fuerza... como que no puedo pagarle el hospedaje con dinero...

Su voz temblorosa tomó inflexiones sollozantes. De sus ojos salió una lágrima, deslizándose por aquel rostro spergaminado en el que tantos labios rojos é incitantes se habían posado...

Después lo he sabido. Tras de mil tentativas inútiles por parte de don Juan para *quedar bien* aquella noche, la cálida hospedera, llena de despecho, había terminado por arrojarlo á la calle sin tener, para nada, en cuenta su glorioso pasado.

¡Pobre don Juan!

Fernando Barangó SOLÍS

Leed en **EL LIBRO POPULAR**
En lo mejor de la vida
novela completa por
DIEGO SAN JOSÉ

20 céntimos

SUCEDIDO

Se fué á confesar Prudencia,
y por un leve pecado
le ha impuesto el pater airado
diez credos de penitencia;
y en cambio, á la bella Inés,
que tiene más que purgar,
se fué ayer á confesar
y sólo la ha echado tres.

Fidel PRADO



—Querido lector; no te extrañe encontrarme tan vestida, pero con este frío...

Recurso supremo

Emilia Benítez (una burguesita muy rica y muy mona, cuyo padre compró hace dos ó tres años el título de marqués de Casa Benítez, engaña á su esposo todo cuanto puede, y lo peregrino del caso, es que le quiere: el excelente Emeterio, en efecto, no es feo, ni tonto, ni ridículo y tiene, amén de otras cualidades recomendables, una den-



Las piernas de una delgada bien.

tadura muy limpia. Así, pues, Casa Benítez volvía de la calle con los músculos aflojados por la miel de los abrazos prohibidos, experimentaba la comenazón del remordimiento:

—¡Soy una infame! —pensaba—; ¡pobrecito Emeterio! Tan bueno, tan juicioso, tan fiel... Un hombre sano de cuerpo y de espíritu, que me entrega puntualmente todo lo que gana y que no me ha burlado nunca...

Así discurría la linda marquesita. Cal-

culen mis lectores cuál serían su pasmo y su indignación al enterarse de que Emeterio tenía una amante. Y entonces comprendió las mansedumbres inalterables del conyuge, su bondad perpetua, la tolerancia conque dispensaba las largas ausencias de la esposa, con el hipócrita pensamiento, sin duda, de que ésta no reparase en que él solía comer á menudo fuera de casa.

La cólera que tal descubrimiento infundió en el alma ardiente y egoísta de Emilia fué inmensa. Al principio pensó abalanzarse sobre el marido andariego y degollarle, después creyó que el veneno sería más seguro, más callado, y también más limpio.

Finalmente, ideó una venganza extraña, dulce y terrible; una verdadera venganza oriental.

Emilia rompió con todos sus amantes, que dicho sea en honor de la santa verdad, no la interesaban mucho, y puso todo su cuidado en demostrarle á Emeterio una pasión nueva insaciable.

—Es el único medio —pensaba discretamente la marquesita— de vencer á mi rival, quien indudablemente es más joven y más hermosa que yo.

De día, de noche, á las horas de comer y entre dos platos, Emilia enlazaba sus brazos, gruesos y blancos, al cuello de Emeterio, invitándole á la suprema caída por varios y taimados caminos.

—Te quiero —repetía— te quiero; no puedo vivir sin ti; me tienes hechizada, y no sé á qué motivos referir esta resurrección de mi amor.

Estos halagos los extremaba la muy tuna siempre que Emeterio iba á salir á la calle.

—Abházame —le decía— eso me servirá de consuelo durante las tres ó cuatro horas que vamos á estar separados.

—Y Emeterio, ¿qué iba á hacer sino abandonarse sobre el sano opulento de su esposa, con el abandono del que se deja caer de un balcón?

De donde resultaba, que media hora después cuando llegaba al entresuelito de su amada Martina, iba tan lacio, aporreado y deshecho, que daba grima verle. Ella le recibía en su gabinete; muchas veces estaba peinándose; desnuda de medio cuerpo arriba, delante del espejo; él, que apenas tenía fuerzas para abrir los ojos, se desplomaba sobre una silla y dejaba el sombrero en el suelo. Martina preguntaba, burlándose:

—¿Qué te sucedió?

—No sé, estoy fatigadísimo; parece que acaban de darme una docena de palos.

—¡Qué lástima... yo, que estaba rabian-
do por darte un besol...

Emeterio suspiraba tristemente como Cánovas Cervantes pensando en la Editorial y murmuraba:

—¿Para qué? ..

Esta escena se repitió tres veces, cuatro, cinco...

Ocho días después, Emeterio recibió la cartilta siguiente:

«Creo que debemos separarnos; no me sirves. Te recomiendo con todo interés el uso del «Cinturón Eléctrico.» *Martina.*

Emeterio, por tanto, acababa de quedarse sin amiga y en ridículo.

Lo peor, sin embargo, de este caso lamentable, no es eso. Lo peor es que la marquesita, en cuanto ha sabido que las relaciones de su esposo con Martina habían concluido, ha buscado un amante.

José MOREIRA

¿Qué es el beso? Antes el beso era, para un astrónomo: la conjunción de dos astros.

Para un psicólogo: la concreción sonora de un deseo.

Para un músico: un acorde perfecto.

Para un bebedor: un buche de pasión.

Para un gastrónomo: un simple vermouth del cariño.

Recientemente se han dado algunas novísimas definiciones.

Dice un mandarín chino enviado por su Gobierno para estudiar nuestras costumbres: «Besarse es un acto de cortesía muy extraño, que consiste en aplicar los labios sobre las mejillas de su interlocutor y producir un sonido.»

Definición de un profesor inglés:

«El beso en la yuxtaposición de los músculos orbiculares del orificio bucal en estado de contracción.

Según Edison, el beso es «el encuentro de dos flúidos eléctricos, uno positivo, negativo el otro, que coinciden merced á una pila natural y con todos los fenómenos consiguientes...»

¡Y se podían decir tantas cosas del besol...

De ese momento de pasión en que el

alma se sube á nuestra boca para fundirse con otra alma.

La mejor de estas definiciones es la de Juana Thylda:

«El beso —dice— es el esperanto del amor.»

Sin duda alguna tiene razón. El beso está donde está el amor y el amor es poliglota, que es verdaderamente cosmopolita. El amor necesita de la lengua.

MARÍA-PIÑA

En el próximo número dará comienzo la publicación de una serie de dibujos que se titulará «Modelo de piernas».



El cazador.—Yo tiro muy bien; donde pongo el ojo, pongo la bala.

El lindo.—¡Ay! ¿y dónde pone usted el ojo?

...Y VAMOS TIRANDO

Es tan ladrón Pepe Anguita,
que su esposa ha decidido,
en lugar de su marido,
llamarlo su *marigueta*.

Luis ESTESO

BOTÓN

Jover ha sido hasta ayer
noyio de la hermosa Fina,
coqueta á «todo meter»...

Y hoy me ha dicho una vecina:

— «¡Nunca la quiso Jover
por no ser esto su ruina!»

José LEBRÓN

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con
las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron	3	pesetas.
Los quince goces del matrimonio.	1	"
Misterios del lecho conyugal.	0,50	"

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para
franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CIN-
CO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jaco-
metrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Lea usted el

Extraordinario de EL LIBRO POPULAR

SEGUNDA EDICION

La despedida de BOMBITA

Por DON SINCERO

20 cts.

Un comentario de DON MODESTO